

Varios
autores

34

LETRAS LIBRES
AGOSTO 2012



PEÑA NIETO

UNA LECTURA GENERACIONAL

Enrique Peña Nieto nació en 1966. Convocamos a un grupo heterogéneo de escritores nacidos alrededor de ese año para responder esta pregunta: ¿qué significa para ti, en términos generacionales, el regreso del PRI a Los Pinos?





Ilustraciones: Fabrizio Vanden Broeck

EL EXTRAÑO RETORNO DE SIEMPRE EN LO MISMO

POR LUIGI AMARA

No importa el canal de televisión, allí está siempre Peña Nieto. En un anuncio, en una mención, en una noticia que se confunde con un anuncio. Todo gel y sonrisas, disciplinado ante las cámaras, su mejor perfil es el horario estelar. La pregunta de si es un producto de Televisa se queda corta: encarna la política *desde y para* la televisión, ese reino del montaje, el maquillaje y el publlirreportaje, donde los argumentos y la historia ominosa del PRI pueden pasar a segundo plano a fuerza de *rating* y fotogenia.

“El político más guapo del momento”, como lo calificó la revista *Caras*, es menos una cara bonita que el punto en que coinciden Berlusconi y Pedro Infante. Poco faltó para que Ana María Olabuenaga, su publicista estrella, lo lanzara con el eslogan “Soy totalmente televisivo”. No dar todavía con los tres libros que lo marcaron revela acaso la convicción de que un libro no puede marcar a nadie (o que en la Universidad Panamericana solo se manejan fotocopias). Nada que se compare, desde luego, con estar en boca de Lucerito y en brazos de la *Gaviota*.

Para una generación que creció pegada a la televisión, sus compromisos firmados recuerdan a los desafíos de detergente para ropa. En este sentido, Peña Nieto no representa un regreso a la dictadura perfecta, sino a la imposición de *Siempre en lo mismo*. En la era horizontal de internet, simboliza un regreso al modelo unidireccional de la TV, basado en la simulación y el *teleprompter*, en una idea de éxito tipo Pancho Pantera. Con una ciudadanía entendida como audiencia, la posibilidad de participación se reduce a practicar el *zapping*. Al fin y al cabo, no importa de qué canal se trate, allí estará siempre Peña Nieto. —

NADIE HABRÁ DE RESIGNARSE DE NUEVO

POR MÓNICA BRAUN

Niña entrando al kínder en el 68 —sin memoria alguna del feísimo gobernante y su feísimo gobierno—, cuando el niño de Atlacomulco cursaba el tercero de primaria en una escuela de monjas yo dejaba el Distrito Federal para cursar el cuarto año en una escuela pública del Estado de México.

Mi vida hasta los dieciséis años en Ecatepec está llena de sábados de óperas interminables en casa, con los sonideros afuera, el volumen de la música colándose por las

ventanas, mi padre mentando la madre en húngaro, yo en la ventana viendo a mis vecinos bailar cumbias en la calle, fascinada.

Una colonia como muchas en un país desde siempre gobernado por el PRI. La casa sin agua en la planta superior. Los baños a jicarazos. La cola para usar el único teléfono público. Mi perro *Alfil* cazando topos y gallinas que amanecían desplumadas frente al jardín. Los tréboles del jardín y su sabor a limón.

Recuerdo el país eternamente priista y la resignación al fondo, siempre, porque uno se acostumbra a todo: a no tener servicios públicos, al guajolotero, a ocupar cinco horas diarias de tu vida en el transporte.

Uno se acostumbra al PRI y a su cinismo, a su retórica, sus trampas, sus raterías.

Hasta que un día ocurre lo impensable y las calles son una fiesta que mi padre ya no puede ver.

Hoy hay algo parecido a la desesperanza, pero nada es igual. Mi hijo tiene seis años: ya quiere votar y usar Twitter.

Peña Nieto será el rostro bonito de un partido feísimo... pero pasará. Nadie habrá de resignarse de nuevo. No mi hijo, al menos. —

EL PRI DE VUELTA EN LOS PINOS

POR ANTONIO CASTRO

*See, they return; ab, see the tentative
Movements, and the slow feet,
The trouble in the pace and the uncertain
Wavering!*
Ezra Pound, *The Return*

No dejo de pensar en el resultado de la elección presidencial de 2006: 35.89% para Felipe Calderón, candidato de Acción Nacional, y 35.33% para Andrés Manuel López Obrador, candidato de la Coalición por el Bien de Todos. Una magra diferencia de 0.56%, que sigue siendo objeto de apasionados debates, dio lugar a un clima de encono, cuyos efectos aún siguen presentes en nuestra vida política. Si en agosto de ese año un adivino hubiera anunciado que el futuro presidente iba a encabezar una desordenada guerra contra el narcotráfico que arrojaría un saldo de sesenta mil muertos y que el sistema bancario internacional sufriría una terrible crisis que, por supuesto, arrastraría a la frágil economía mexicana, cuál habría sido el pronóstico más sensato para la elección de 2012. Creo que la respuesta es evidente: la izquierda tendría que haber ganado su derecho a ejercer el poder ejecutivo. Sin embargo, como

sabemos, esto no ocurrió: el viejo régimen fue labrando minuciosamente su regreso a la presidencia. ¿Por qué?

Algunos dirán que mediante la compra del voto. Y es verdad que en estos días hemos visto numerosas pruebas de que los antiguos usos y costumbres electorales siguen operando en muchos lugares. Como sea, me rehúso a pensar que diecinueve millones de votos fueron comprados. Más bien pienso que la izquierda no ha logrado convencer a muchos sectores independientes de la sociedad mexicana. Afectos a discutir con el resto de la clase política, desoyen a sus críticos en la sociedad civil. La opción de cambio en México es la izquierda: renovada, moderna, plural. Mientras no exista, el PRI gobernará en Los Pinos. —



EL VALOR DE LOS INDIVIDUOS

POR JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

Los elementos que conforman a una generación son inapreciables y pueden rozarse solo con el paso del tiempo. Las generaciones se comportan como las estadísticas:

el valor real está en los individuos, no en las cifras. Son las decisiones que las personas toman lo que las une o las escinde. En esas rupturas, se lee la historia.

Enrique Peña Nieto se convirtió en gobernador logrando la proeza de alcanzar votantes por puro magnetismo cuando pensábamos que eso ya no era posible. Ya desde entonces, el Estado de México pedía a gritos un político sofisticado, que pudiera rescatarlo de la zozobra; algo distante de lo que obtuvo con el hombre *picture-ready* que firmó compromisos. Tal vez la juventud de Peña Nieto resultó confusa en un mundo al que le cuesta trabajo madurar: los cuarenta son los nuevos treinta.

Hoy, su presencia pende sobre nosotros de una forma peculiar: es el incómodo *déjà vu* para una generación que pensó que vería el cambio. Los hijos de Tlatelolco y del Halconazo somos sus contemporáneos y hemos atestiguado el lento desarrollo del país que mataba a sus estudiantes, prohibía los conciertos, tenía un cine estatizado y vivía el desplome de su moneda como un deporte.

¿Dónde estaba Peña Nieto durante esos años? ¿Por qué no se sintió tocado como para demarcarse de una tradición claramente nociva para México? A la edad en la que es difícil elegir el sabor de un chicle y se prefiere guardar distancia con las figuras de autoridad, él decidió su afinidad política, construyó una sonrisa magnífica y sembró nuestro futuro.

Queda saber cuál será el papel que jugaremos los de su generación: cómo haremos que se lea la historia. —

MI VIDA CON EL PRI

POR FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Iba a cumplir cinco años cuando ocurrió la matanza de Tlatelolco. Un tío mío, que en ese entonces vivía con nosotros, terminó, como buen estudiante rebelde que era, con sus huesos en Lecumberri. Lo visitamos varias veces. Su estrecha celda la compartía con compañeros que cantaban canciones de protesta. Esa fue la primera vez que escuché hablar del PRI, en no muy buenos términos. Mis padres, ambos abogados, representaban a diversas firmas norteamericanas en México. Una mañana ingrata e inolvidable de 1976 nos amanecimos con la noticia de que el peso se había devaluado 53%, pasando de 12.50 a 19.50 por dólar. El PRI se volvió a colocar en el centro de mi vida, tampoco esta vez por buenas razones. Mi familia, y no solo ella, quebró. Tardó algunos años en recuperarse, pero con López Portillo, cuando nos preparábamos para “administrar la abundancia”, el peso volvió a devaluarse, ahora 562%, con lo que sobrevino una nueva quiebra familiar. Del PRI ya no podíamos hablar en casa. Cursé

la preparatoria en Torreón y por las tardes tomaba clases de mecanografía con un maestro estricto, Juan de Dios Castro, que más tarde llegaría a ser consejero jurídico de la Presidencia durante el gobierno de Vicente Fox. En ese entonces mi maestro había ganado por vez primera para el PAN una diputación federal por el distrito de Lerdo. Los priistas, en represalia, quemaron su casa y golpearon a su familia. Cuando cursaba la universidad, ya de nuevo en la ciudad de México, y era mi turno de ser un buen estudiante rebelde, De la Madrid devaluó el peso 1,555% y, por si fuera poco, remató su gobierno con un vistoso fraude electoral a favor de Carlos Salinas de Gortari, que prometió llevarnos al primer mundo y acabó consolidándonos en el tercero. Mis primeras manifestaciones callejeras las hice contra el PRI. Como puede verse, mi vida con el PRI puede resumirse en matanzas, devaluaciones, golpizas, crisis y fraudes. Ahora viene de regreso el PRI, con Peña Nieto a la cabeza. Dicen que se trata de un PRI renovado. Pero no tengo el menor indicio de que así sea. —



RESABIOS DE INTOLERANCIA

POR ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

La mía fue una de las muchas generaciones que creció con la presencia ubicua del PRI y que se afanaba ya fuera en buscar las larguezas del ogro filantrópico, ya en crucificar al dinosaurio. Y es que el PRI no solo era un partido, sino un fenómeno de la cultura política y de la política ficción. Acaso por eso, ahora que el PRI vuelve al gobierno federal, en una alternancia normal en las democracias, se escuchan griteríos que invocan los fantasmas de la regresión. Este temor no parece razonable, pues las virtudes o vicios no se agrupan en un solo membrete político y sin duda en el PRI, como en los demás partidos (adonde ha exportado

Varios
autores

38

LETRAS LIBRES
AGOSTO 2012

innumerables cuadros), existe una variada fauna en la que abundan pícaros y trepadores, pero también políticos prácticos que deben entender que los mandatos democráticos son acotados y sujetos a resultados. Solo un arraigado síndrome de indefensión aprendida, y un desconocimiento de la tortuosa pero innegable evolución de la democracia mexicana, pueden hacer pensar que, hoy, algún partido o persona dispongan del margen de maniobra para realizar involuciones históricas. Por eso, creo que las voces escandalizadas por el triunfo de un partido y, sobre todo, la condena moral que se ha pronunciado contra el votante de ese partido constituyen un resabio de discriminación e intolerancia por parte de cierto progresismo ilustrado que tiende a ignorar que el voto del otro, ese otro al que oscila entre tutelar y despreciar, vale igual que el suyo. —



CUBÍCULOS

POR JULIÁN HERBERT

Hoy fui al SAT a hacer un trámite fiscal. Mientras esperaba mi turno, noté —es imposible no hacerlo— que los paneles de todos los cubículos de contadores son azules. Pensé: “Qué desperdicio; el año próximo, todo este material casi nuevo se irá a la basura y traerán mobiliario de cualquier otro color.” Lo sé por experiencia: trabajé en la burocracia y llevo casi veinte años haciendo libros. Nunca, durante ese período, una administración priista ha quedado satisfecha cuando les propongo una portada de color azul. Esa, a mi juicio, es una de las principales características del horror eficiente encarnado por el PRI: la voluntad de anular todo significativo que refiera a El Otro.

Mi generación (la que vivió su juventud bajo Salinas y Zedillo, sostuvo doce años en el poder a Acción Nacional y no quiso arriesgarse con la izquierda en 2012) no es masoquista pero sí posee una nutrida veta de neomaderismo: espiritistas convencidos de que la pasión por el lenguaje y la alternancia en el poder son suficientes para cambiar a un país que posee una larga historia de inequidad, corrupción y violencia. Solo desde esa perspectiva puedo explicarme que las urgentes reformas de las que todo mundo habla hayan pasado tres lustros en la congeladora mientras los partidos políticos adoptaban los métodos clientelares patentados por el antiguo régimen.

Un rasgo tradicional del viejo PRI que se ha expresado con elocuencia en las pasadas elecciones es la habilidad para transformar a sus rivales en un oxímoron. Leo algunas opiniones de la prensa liberal legitimando el proceso electoral y lo que hallo entre líneas es, más que una defensa del Estado de Derecho, un alegato a favor de la Razón de Estado. Leo algunas opiniones y declaraciones de la izquierda y (debajo de toneladas de insultos, ingenuidad en fina prosa y consignas cuya demencia senil data de mi infancia) no encuentro ni pragmatismo ni ideología: solo un copioso reportaje que, pese a carecer de sustento jurídico, pretende sustituir la noción de Estado por una regla moral. Eso es el mundo del revés: una segunda y más sutil y dolorosa capa de nuestras derrotas.

El regreso del PRI a Los Pinos no es una tragedia. Es más bien un espejo que nos trae una pregunta. La vieja pregunta. Una que (sistemáticamente, incluso con ira) nos negamos a responder: “¿Por qué no te reconoces?”... El verdadero triunfo del PRI (lo dije hace un par de años en un artículo para el blog de *Letras libres* que me costó ácidos reproches: “El PRI ganó en el 2012”) es anterior a las elecciones. Radica en su capacidad para hacer que sus adversarios políticos copien sus estrategias, y la opinión pública reproduzca su discurso, y ciudadanos vendan su voto no a un partido sino al mejor postor...

Una pesadilla donde solo existe el Yo: ese horror eficiente que anula todo significativo que refiera a El Otro. —

VIVIR (¿Y MORIR?) CON EL PRI

POR MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Nací en junio de 1968, casi dos años después de Enrique Peña Nieto y cuatro meses antes de la matanza de Tlatelolco, una de las mayores contribuciones del régimen priista a los anales sangrientos de México. Crecí en el seno de una clase media cada vez más vapuleada por una crisis

digámosle estable en la que con regularidad despuntaba, filoso, el término “devaluación”. Llegué a la adolescencia con la certidumbre de que más allá de la zona de confort que mis padres habían construido con enormes esfuerzos para sus cinco hijos acechaba una realidad incierta, un país regido por un círculo estrecho y privilegiado que mezclaba mentalidad política e impulso empresarial. Entré en la universidad con la convicción –firme al día de hoy– de que la política es un Midas a la inversa: todo lo que toca acaba por empobrecerse y agrietarse. Nutrí poco a poco un escepticismo que me llevó a cimentar una postura no solo apolítica sino abstencionista que aún no encuentra una razón de peso para atenuarse. En 2000, pese a no haber votado, vi la derrota del PRI por el PAN con cierta confianza que tardó más tiempo en cuajar que en licuarse de nuevo. Durante el periodo 2006-2012 atestigüé con pavor el recrudescimiento tanto de la violencia generada por el narcotráfico como de la “sicilianización” de México. Ahora que el PRI regresará al poder encabezado por un político nacido en la misma década que yo, me digo que mi país ha vivido ochenta y dos años inmerso en una anomalía que solo mudó o pretendió mudar de color durante doce. Me digo: “Mantén tu postura apolítica y haz lo que te corresponde hacer: escribir.” Pero en ese momento suena la voz de Arthur Schnitzler: “La política es un proceso continuo, que pende constantemente sobre nuestra cabeza como el horizonte; está ahí, queramos verlo o no, igual que está ahí el clima, aunque no haga frío ni amenace tormenta.” Y entonces me pregunto si lo que viene es diluvio o nevada y si habrá una esperanza real de guarecerse. —

GRAN PARADOJA

POR ALEJANDRO ROSAS

En alguna ocasión escribí que si Dios llegara a bajar de los cielos para ser candidato del PRI a la presidencia, ni así votaría por ese partido. El PRI opera como el rey Midas pero a la inversa: todo lo que toca termina por pervertirlo.

Nacido en 1966, Enrique Peña Nieto no pertenece a ninguna generación sino a un minúsculo grupo que se formó en una realidad paralela; en ese otro México construido por el PRI, donde no hubo crisis económica en 1982; ni inflación de más del 100% anual (1982-1986), ni caída del sistema (1988), ni levantamiento armado (1994), ni asesinatos políticos (1994), ni error de diciembre (1994), ni reprivatizaciones al amparo de la corrupción, ni Fobaproa, ni Acteal, ni Aguas Blancas, ni impunidad, ni simulación.

Por eso no hubo –ni habrá– un ápice de crítica y autocrítica al país que construyó su partido durante las últimas décadas del siglo xx, porque en ese país no pasó nada. Por eso llegará a la presidencia generando más

dudas que certezas. Si Enrique Peña Nieto fuera parte de la generación de quienes hoy rebasamos los cuarenta años –la generación de las crisis–, sería un opositor natural a lo que significa el PRI.

¡Oh!, gran paradoja: el partido antidemocrático por naturaleza, que hizo de la simulación parte fundamental de la cultura política nacional, regresa al poder purificado por la vía democrática; un nuevo presidente, de rostro lozano y juvenil, encerrado en un cuerpo anquilosado que tiene décadas pudriéndose. —

TERNURA AMARGA

POR FERNANDA SOLÓRZANO

Los lunes de cada semana mi padre llevaba a casa dos o tres revistas que leía hasta deshojarlas. Yo las esperaba con ansia. Aún no sabía leer, pero me gustaba en especial una de tamaño grande y nombre de una sola palabra. (El nombre era *Siempre!*, me enteraría después.) La buscaba por sus desorbitados “dibujos” y personajes que se repetían. Me gustaba, por ejemplo, reconocer al mandril presidente. Me inquietaba, en cambio, el hombre de traje y corbata, y la cabeza cubierta con una tela blanca. “¿Y el fantasma quién es?”, al fin me animé a preguntar. “Es ‘el Tapado’”, contestó mi padre, y para atajar las preguntas de una vez me explicó. Los presidentes de México, dijo, escogían al que vendría luego de ellos. Hasta que no dijera su nombre, la gente lo llamaba *el tapado*. Nunca se me ocurrió preguntar por qué, si ya había un escogido, dos veces los acompañaría a él y a mi madre a votar.

El pasado 1º de julio pensé en ellos con ternura amarga. No fueron activistas pero –sin idealizar– tampoco imbéciles. Más bien, parte de un México resignado a la irrealidad. No sé si Peña Nieto es un ave fénix, un huevo de dinosaurio, un huevo de dinosaurio con un ave fénix dentro, o qué. Estoy segura, en cambio, de que si el PRI quiere reinstaurar un tipo de gobierno-ficción no cuenta con la credulidad de gente como mis padres. La alternancia rompió el hechizo; desde el 2000 impera entre los votantes la lógica de la realidad. Puede que el “nuevo PRI” sea una contradicción en términos. Lo que no tiene precedentes es que sus gobernados ejerzan la facultad de dudar. —

EL DIABLO POR CONOCIDO

POR JULIO TRUJILLO

Nací el 16 de septiembre de 1969, pocas horas después de que Díaz Ordaz gritara “¡Viva la concordia entre los



mexicanos!” y dos meses después de que Neil Armstrong pisara por primera vez la superficie lunar. Ambos acontecimientos me parecen trágicamente opuestos: mientras conquistábamos el espacio, un presidente de México mentía ritualmente. Hoy, desde la emocionante resaca del descubrimiento del bosón de Higgs, el PRI vuelve por sus fueros a Los Pinos. Se ha citado mucho aquella paráfrasis que Marx hiciera en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*: “Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa.” Acaso nuestra generación sea la generación de la farsa.

Si el PRI fuera unos montes y pariera, su ratón sería Enrique Peña Nieto. No concibo un producto más genuino, más perfecto de la lógica del partido tricolor que el virtual presidente de México. Es el carisma y el vacío, una epidermis erizada de frases hechas, un Golem al que no un rabino sino un cacique de Atlacomulco insufló vida. No es, por supuesto, la renovación del PRI sino su acabado final, su gran retoque, su *armor all*. Y va, a su manera, a funcionar, porque la maquinaria —el gran tinglado de los prosélitos— ha sido aceitada con el cuidado del relojero que sabe que la paciencia y la perseverancia son sus mayores virtudes. El cierre de filas es la puesta a punto del reloj del PRI. Ese característico *esprit de corps* no lo han sabido emular ni el PRD ni el PAN, que cada cierto tiempo implosionan.

Si sé cómo funciona un partido por el que nunca he votado es porque me he visto inmerso en su atmósfera desde que nací. Yo y todos nosotros, *todos*. La broma del priista que llevamos dentro esconde una terrible verdad: lo que empezó como un *modus operandi* específico terminó siendo una idiosincrasia. Ya parece un axioma que moverse es no salir en la foto, que la moral es un árbol que da moras, que un político pobre es un pobre político. ¿Y qué hicimos históricamente cuando pudimos llevar a cabo la alternancia? Optamos por la ortodoxia y el conservadurismo. Ese autorretrato nuestro se completa hoy con el regreso del priismo pródigo. Me asombra que nos dé tanto terror votar por la izquierda, al grado que preferimos al diablo, por conocido. Ojalá que dentro de seis años sufragüemos con más amígdalas. —

PEÑA NIETO Y EL PRI 2.0

POR NAIIEF YEHYA

Para quienes nacimos a principios de los sesenta, el PRI era una maquinaria indestructible, opresiva, demagógica e incoherente; un gigantesco aparato tentacular con una extraordinaria habilidad para corromper y reprimir que erigió una abominable y absurda fortaleza política en la que éramos cautivos y desde donde veíamos la política mundial como si se tratara de regímenes extraterrestres. Lo nuestro no era democracia ni dictadura sino ideología flexible que se reinventaba día a día en un delirante sistema absoluto, destinado a ser eterno. Pero como sucede con las cosas que deben durar para siempre, el PRI se fue deteriorando y un día perdió la presidencia en una curiosa hecatombe que muchos confundieron con una transición democrática.

Tras un período turbio e hiperviolento de panismo, el PRI se reorganizó. En 2009, volvió a ser la primera fuerza en el Congreso y, en un parpadeo, Enrique Peña Nieto llegó a la presidencia para restaurar el viejo orden. Este político condescendiente que, a falta de propuestas novedosas, se enfundó en una campaña propagandística tan estridente como efectiva que glorificó su apariencia y el glamour telenovelesco de su esposa, representa el nulo avance de una clase enquistada en el desprecio, la soberbia y el necio convencimiento de su legitimidad como herederos del poder. El PRI duro, manipulador y amenazante de nuestros padres y abuelas no se transformó en un partido moderno sino en un PRI 2.0, farandulero, esponjoso y cosmético pero tan siniestro como siempre. Quisiéramos imaginar a Peña Nieto como un anacronismo en la era del *cut & paste*, los wikis y el Twitter, pero lamentablemente es un fiel reflejo del estatus cultural de nuestra generación, aún dependiente de la servidumbre, despojada de curiosidad intelectual e indiferente a la catástrofe que es nuestro país. —